

Eduardo Vaquerizo

La última noche  
de Hipatia



# 1

Mi futuro yace en las facetas y aristas de una joya inabarcable. Ese cristal perfecto lo explicaría todo de un solo vistazo, pero recomponerlo sería tarea de un dios. Yo apenas puedo recoger las partículas que se acumulan, desordenadas, en el hueco de mi memoria; suaves y pulidas unas, letales filos de hielo otras. Los recuerdos son siempre escasos y fragmentados, insuficientes para construir una vida, la mía. De todos modos les ahorraré el trabajo: sé lo que ocurrirá cuando salga a las bulliciosas calles de Alejandria, está escrito y se lo voy a contar, pero sin prisas; déjenme demorarme un poco más.

He terminado mi última tarea en este tiempo, acabo de abandonar la necrópolis de los dioses y allí he visitado la escultura de Bastis. Tardará muchos siglos en volver a ser contemplada por los hombres. El sol está bajo en el cielo, ya no arde como al mediodía, calcinando todo aquello bajo sus rayos. Quiero disfrutar de la luz que se refleja en el patio de la Academia, el fulgor dorado que arde en paredes y columnas. Allí ilumina los largos frisos de pinturas en dos estilos, griego y egipcio, armonizados tras muchos siglos de convivencia: dioses y chacales, bacantes y garzas, el Olimpo y el Nilo. La luz parece miel líquida resbalando sobre los tejados, vertiéndose con demora sobre las paredes, encharcando en reflejos amarillos los amplios espacios de los jardines de mirto y palmera, de papiro y espadaña.

El olor de los nenúfares en el agua verde de las charcas me hace detenerme. Ese aroma siempre es un golpe a mi atención, un recordatorio de cuán lejos estoy de la tierra y del tiempo que me vieron nacer.

¿Escuchan la clepsidra? El blando sonido del agua midiendo el tiempo ha estado ahí desde que llegué. De tanto oírlo, lo había olvidado. Acompaña al ruido de mis sandalias al caminar sobre el empedrado.

El gesto de subir el suave lino del palio hasta cubrirme la cabeza es ahora algo natural, previo a salir al exterior de la Academia. Me detengo de nuevo antes de llegar a los portones, siempre abiertos, que comunican los jardines con la Vía Aspendia y me vuelvo, despacio, hacia el interior del Serapeo, intentando recuperar la sensación que experimenté al verlo por primera vez.

Pronto, todo esto que me rodea también será un recuerdo inconexo en mi memoria y luego polvo, algún registro en un papiro perdido, una leyenda, nada. La clepsidra, los muros de la Academia, la universidad en Ginebra, Escocia, mi madre, el inmenso número de rollos de la Biblioteca, Stewart; mis recuerdos parecen ahora muy vivos, casi podría tocarlos y, sin embargo, a la llegada de la noche desaparecerán para siempre.

Ya estoy en la puerta, en los escalones que ascienden la pequeña colina del Serapeo donde siempre hay algún estudiante o algún maestro sentado viendo pasar el interminable río de hombres y mujeres, esclavos y libres, civiles y soldados, artesanos o terratenientes, que recorren los empedrados, que se quejan, que ríen, que lloran, que sufren y disfrutan dentro de los muros de la ciudad de Alejandría.

Miro hacia atrás, hacia la sombra, la calma, las avenidas flanqueadas de cipreses y estatuas, las piscinas, las arenas, los frescos pórticos, los patios embaldosados con mosaicos, la quietud bajo los largos tejados. En el jardín, justo detrás de mí, pájaros de metal agitan las alas y cantan. Ha sido fácil acostumbrarse a medir el tiempo por los trinos y gorjeos de la clepsidra de Ctesibios, mucho menos precisa que el reloj del taucrono y, sin embargo, agradablemente errónea.

Siglo tras siglo ha silbado delicadas melodías cuando el agua empujaba el aire en los tubos calibrados de su mecanismo. Posiblemente, Aristófanes de Bizancio escuchase sus sonidos mientras discutía con Aristarco acerca del metro de los poemas clásicos; o Galeno mostrase a algún discípulo la función de los vasos

sanguíneos en las ilustraciones de Herófilo, mientras los trinos anunciaban la hora de las ofrendas a las musas.

Ctesibios la construyó hace cuatrocientos años: ha sobrevivido a las muchas catástrofes y disturbios que han asolado la ciudad, pero no sobrevivirá ni siquiera un día más. No le queda mucho ya, unos cuantos trinos, unos cuantos gorjeos funerarios a lo sumo. Pobre piedra, pobre metal, capaz de aguantar el embate del tiempo pero no el de los hombres. Es la hora última de la Academia: caerá la fortaleza de la sabiduría, el último bastión de la erudición alejandrina. Las obras completas de Aristóteles, Platón y Aristófanes, los trabajos perdidos de Apolonio, los catálogos de Aristarco... Todo se perderá y no hay nada que se pueda hacer.

Espero; el caballo aún no llega. Creo ver una sombra del color de la sangre coagulada correr por el cielo; se cierne densa y oscura, prieta de olor y desesperación. Por un momento me habita un palpito en el pecho, garras de prisa; me domina una animal necesidad de correr sobre los adoquines, huir en busca de las murallas, llegar a los pantanales del lago Mareotis, luchar contra mosquitos y alimañas para alcanzar las tierras más allá, los trigales, los suaves montes, desaparecer de Alejandría, de la historia. Miro de nuevo: arriba no hay nada, el cielo está limpio, lleno tan sólo de un azul absoluto, definitivo.

Escucho los cascos del noble bruto golpear contra los adoquines. El correo del prefecto se detiene frente a mí. Me recolocho el palio azul mientras bajo la vista y alargo la mano para recoger el rollo. Saluda y parte de regreso. A pesar de que sé qué hay escrito en ese papiro funesto, lo desenrollo y lo leo.

Me contengo, respiro hondo; es la hora de partir. Al cruzar el portón siento el sol de Egipto arrojarme lanzas de ardiente bronce. Me cubro mientras camino despacio, sintiendo el empedrado caliente bajo las sandalias.

A diferencia de los textos clásicos, no hay signos en el cielo: no me siguen erinias terribles, fatales arpías, no hay dioses disfrazados de niños que me previenen. En las calles tan sólo me espera Cronos, el más oscuro y terrible de los dioses, riendo con dientes hechos de rotas conchas que sobresalen de la playa en los lomos oscuros de sus dunas.

Enseguida me atosiga el olor intenso de mil cocinas, mil holocaustos domésticos; la brisa del mar, el olor a pez y a podredumbre del puerto. No percibo ya la magnificencia de los edificios y el oro de los templos; no admiro los azules de mar y cielo, ni las miles de galeras que hinchán las velas multicolores mientras salen a alta mar. Me fascina, sin embargo, la multitud atareada que cubre las calles, la misma multitud que ha poblado las ciudades desde tanto tiempo atrás. Viéndoles acarrear, correr, robar, discutir, reír felices, no puedo imaginarme la turbamulta gritando y corriendo como agresivas hormigas negras que transportan dolor y muerte, pero sé que está ahí, a flor de piel, a la distancia de una provocación.

Extrañamente, no tengo miedo; se acercan las olas suaves, hinchadas de veneno, y me parece que ya he arribado a esa playa de arenas negras, que he vivido allí un tiempo interminable, todos los segundos de mi vida menos aquéllos transcurridos en Alejandría. Se ha terminado la angustia; sé lo que va a ocurrir y la resignación me llega si no con felicidad, sí con reposo.

Me vuelvo y miro por última vez los muros del Serapeo, grandes bloques de arenisca ocre, columnas egipcias, frontispicio griego. Permanecen igual que el primer día que los vi, igual que los últimos cuatro siglos. Casi no puedo soportarlo. Me giro y comienzo a andar pausadamente, camino de mi cita.

El sol de Egipto es el auténtico arquitecto de la ciudad. Afila sus sombras y dibuja, con dolorosa precisión, la policromía de los edificios, los pliegues de las telas teñidas de púrpura o índigo, los rostros y cuerpos desnudos y brillantes de los esclavos y las cabezas cubiertas de los nobles. Crea un escenario nítido que es imposible rechazar, que se asimila con cada aliento.

Percibo ese mosaico iluminado por luz inhumana: Alejandría, el regocijo de caminar y sentir el empedrado de la Vía Somma a través de las sandalias; los cientos de carros guiados por escandalosos arrieros; la multitud de toda raza y condición enredada en mil quehaceres; las anchas escalinatas de los edificios públicos; los vivos azules y rojos con los que se pintan las fachadas; los cientos de sacerdotes que circulan en palanquines o a pie, servidores de Serapis, de Osiris, de Mitra, de Minerva y Diana; los adivinos del panteón romano transportando ocas vivas de cami-

no a las mansiones de los ricos. Y los días de fiesta, las calles engalanadas por telas tendidas entre las casas, el suelo cubierto de flores, las vestales de túnicas blanquísimas arrastrando el laurel y el mirto hasta el estadio, lleno a rebosar de una multitud ansiosa por ver los juegos.

Como una piel de tambor tensa y golpeada por los inmensos mazos de la historia, Alejandría resuena con mil ritmos distintos y yo, en sintonía, respondo a cada golpe, vibrando en todas las dimensiones de la ciudad, su arquitectura, sus etnias, su clima agobiante, y su destino. Pronto la melodía se volverá monocorde, austera, sencilla y monótona como las mentes de los que acechan en las esquinas siguiéndome.

## 2

De las memorias de Orestes,  
prefecto augustal de Egipto a finales del siglo IV

... Alejandría es calor, mucha luz y gente, ingentes cantidades de judíos, egipcios, griegos, romanos, persas y muchos otros deambulando por sus calles. Y también el puerto, el enorme puerto doble separado por el Heptastadion, donde miles de bajeles de todos los rincones del mundo arriban para cargar y descargar sus mercancías. Presidiéndolo todo, la majestuosa torre sobre la isla de Faros. Es una de las grandes maravillas del mundo, aún más grande de lo que nadie podría imaginar antes de verla, una inmensa cumbre sobre la que arde un fuego por la noche y se mueve un espejo por el día para que los navegantes no embarranquen en esta costa sin referencias. Aquí nadie engaña a los barcos para atraerlos a las rompientes y robar el naufragio; ningún fuego puede competir con el de la torre.

... Los niños, Marco y Aurelia, están a gusto, se adaptan enseguida. No tanto Arcadia, que no ha dicho una sola palabra tras abandonar tantas cosas amadas en aquella costa del norte donde teníamos nuestro hogar.

El palacio que ahora ocupamos es enorme; mucho de él está abandonado, sin cuidar, el resto lo mantienen doscientos esclavos egipcios que trabajan con la espalda al sol sin dar nunca muestras de estar afectados por este calor salvaje. Curioso pueblo el de Alejandría. La mayor urbe después de Roma y Constantinopla, lugar donde el saber y el comercio han brillado tanto

o más que en la propia ciudad inmortal y donde también se pueden encontrar los peores excrementos humanos del Imperio.

... Claro que hay problemas. Como prefecto soy la máxima autoridad, el representante del emperador Teodosio, pero eso en esta tierra de dioses antiguos casi no es nada. Los egipcios aún son herederos de aquéllos que construyeron las pirámides y aun tras más de siete siglos de sometimiento a griegos y romanos, de vejaciones —antes ni siquiera podían dormir dentro de los muros de la ciudad—, no han perdido su carácter, sólo lo han adaptado a los tiempos. Los judíos, encerrados en su barrio y fuertemente endogámicos, son una fuerza considerable, si no militar, sí económica y social. Compitiendo con todos ellos puján los cristianos. No están caracterizados por una raza, sí por una clase social, la más baja. Allá donde hubo esclavos clamando por ser libres, nació una iglesia. La fe crece, y con ella el poder de la curia. No dejan de recitar que su reino no es de este mundo y con eso aspiran a tener más poder que el emperador.

Y por último están los griegos, los restos de la aristocracia heredera de Alejandro, que aún mantienen templos, aún atesoran los exiguos restos de la gran Biblioteca y el espléndido templo cubierto de mármol y oro llamado Serapeo. Su tiempo claramente ha pasado, pero no por eso dejan de ser los magníficos descendientes de una tradición que ha durado siglos.

... Ya me advirtieron del carácter conflictivo de la ciudad: cristianos, judíos, paganos, delincuentes, comerciantes enriquecidos, filósofos, sacerdotes, artesanos, legionarios, agitadores, ladrones, santos, putas, todos juntos; lo raro sería que no hubiera conflictos, son ya una tradición más de la ciudad. Eusebio de Cesarea menciona algaradas entre cristianos y no cristianos, judíos y paganos ya en el año 1000 de la fundación de Roma. Los no cristianos habían participado en las luchas por y en contra de Atanasio en 1094 y 1109 Ab Urbe Condita. En 1116 el patriarca Jorge fue asesinado como respuesta a actos repetidos de manifiesto escándalo, insulto y pillaje de los tesoros más sagrados de la ciudad, tal y como declararon en las crónicas de la época. No envió la tarea de mi predecesor: ser nombrado prefecto de Alejandría

ha sido un gran honor, pero también constituye una pesada carga.

Leí a Cesareo y a otros nada más llegar, pero no me habría hecho falta: la tensión se puede palpar tan sólo caminado por las calles. Hay cuentas pendientes entre unos y otros, actos de sangre, venganzas. No me lo había imaginado así; es como vivir en el centro de una pila de leña resinosa mientras tus vecinos más rencorosos se pasean con antorchas por los alrededores. Incluso entre los soldados romanos y los mercenarios manu militari, el encono, la indisciplina y la violencia son habituales. Ellos son también cristianos o paganos, o adoradores de Mitra o de Isis y, aunque han venido de todos los rincones del Imperio, tras unos años en Alejandría es fácil que adopten los odios y las pasiones de los locales. Es triste, pero han pasado ya los tiempos de la vieja república, cuando era inconcebible que un culto pudiera plantear pleito a los otros y someterlos. A eso parecen abocados los tiempos presentes con Teodosio alentando cada día más a los cristianos. Fue en 1134 AUC cuando la religión cristiana se hizo también imperial...

... Tras cinco años en Alejandría, el cargo aún me produce malos sueños. Siento que conduzco un caballo que no obedece a bocado, que llevo un carro que está destinado a volcar en la primera curva del circo. Esta ciudad populosa, fértil, intensa, ha sido bendecida y maldecida a la vez por muchos dioses, y todos parecen querer su ración de sangre.



Serie Fantástica

Títulos publicados

Andrzej Sapkowski  
*El último deseo*  
Traducción de José María Faraldo

Barry Hughart  
*La leyenda de la piedra*  
Traducción de Carlos Gardini

Andrzej Sapkowski  
*La espada del destino*  
Traducción de José María Faraldo

Rodolfo Martínez  
*Sherlock Holmes y la sabiduría de los muertos*

Rodolfo Martínez  
*Sherlock Holmes y el heredero de nadie*

Andrzej Sapkowski  
*La sangre de los elfos*  
Traducción de José María Faraldo

Andrzej Sapkowski  
*Tiempo de odio*  
Traducción de José María Faraldo

Kiril Yeskov  
*El último anillo*  
Traducción de Fernando Otero Macías

Andrzej Sapkowski  
*Bautismo de fuego*  
Traducción de José María Faraldo

Isaac Asimov  
*El robot completo*  
Traducción de Manuel de los Reyes, Tina Parceroy  
y Pilar Ramírez Tello

Andrzej Sapkowski  
*La torre de la golondrina*  
Traducción de José María Faraldo

Rafael Marín  
*Mundo de dioses*

Ellen Kushner  
*A punta de espada*  
Traducción de Manuel de los Reyes

Isaac Asimov  
*Trilogía del Imperio*  
Traducción de Carlos Gardini

Suzy McKee Charnas  
*El tapiz del vampiro*  
Traducción de Albert Solé

Andrzej Sapkowski  
*Narrenturm*  
Traducción de José María Faraldo

Juan Miguel Aguilera  
*La red de Indra*

Eduardo Vaquerizo  
*La última noche de Hipatia*



## Serie Histórica

### Títulos publicados

Nicholas Nicastro  
*Hijos de Esparta*  
Traducción de Carlos Gardini

Marek Krajewski  
*Muerte en Breslau*  
Traducción de Fernando Otero Macías

Dewey Lambdin  
*Oficial del rey*  
Traducción de Nùria Gres

Wallace Breem  
*El águila en la nieve*  
Traducción de Nùria Gres

Marek Krajewski  
*Fin del mundo en Breslau*  
Traducción de Fernando Otero Macías

Nicholas Nicastro  
*Alejandro Magno. Imperio de ceniza*  
Traducción de Carlos Gardini

### En preparación

Wallace Breem  
*El enviado de Roma*

Sharon Kay Penman  
*The Sunne in Splendour*



## Títulos publicados

Lord Byron

*Diarios*

Traducción y edición de Lorenzo Luengo

Félix J. Palma

*La hormiga que quiso ser astronauta*

Walter Tevis

*El buscavidas*

Traducción de Rafael Marín

Pablo Capanna

*J.G. Ballard. El tiempo desolado*

Simon Ings

*El color del azar*

Traducción de Carlos Gardini

## En preparación

Charles Williams

*Todos los santos*

Philip K. Dick

*En busca de Milton Lumky*